

Académicos en la flecha del tiempo

Por Manuel Rodríguez Rivero

EN UNO DE los más genuinamente "mariescos" artículos que ha publicado en el último lustro, Javier Marías (que acaba de cumplir 65 años: el dato es importante y los del Nobel lo conocen) se interrogaba con matizada angustia acerca de la aceleración del tiempo que todos padecemos: "Los días y las semanas se nos escapan", resumía, haciendo suya una sensación que experimentamos más profundamente con la edad. He recordado el artículo (*El pasado es un misterio*) a propósito de otras aceleraciones de matiz menos psicológico y más económico. Como ocurre por doquier, cada año aproximamos más la Navidad: a este paso estableceremos también por aquí esas *Christmas shops* abundantes en Estados Unidos que venden durante todo el año figuritas de Santa Claus, falso muérdago de plástico y bolas de colores para el puto abeto. Termina apenas el verano y, aún con los últimos bochornos, llegan los primeros heraldos de la tradicional orgía de consumo con la que celebramos algo en lo que quizá ya no creemos. Lo importante para los dueños de la Navidad es posicionar pronto los productos, llegar antes, ocupar un lugar preferente en los escaparates. Y también en las mesas de novedades. Desde hace un par de semanas vengo recibiendo libros inequívocamente navideños. Primero, timidamente, como si se hubieran despidado, y luego en un goteo que ya no parará hasta diciembre (y pobres de los que no lleguen antes!). Algunos son evidentes, como las agendas literarias con las que cada año compiten Alba y Errata Naturae —una de ellas certifica que es la "auténtica"—. Otros, menos claramente, pero exhibiendo rasgos inequívocos de su condición: ahí tienen, por ejemplo, la tradicional recopilación temática de relatos que, cada año, viene haciendo Marta Salis

para Alba, y que esta vez está dedicada a *El duelo de honor*: una estupenda antología (incluyendo, entre sus pequeñas obras maestras, *El duelo*, de Conrad, y *El desafío*, de Schnitzler) en la que —that's the secret— sólo tres están sujetos a *copyright*. Luego está la avalancha de *omnibuses*, relanzamientos y recuperaciones pasadas de página, como las reediciones del dios-Bolaño en Alfaguara (2666 ha conseguido 650 milímetros de lomo frente a los 450 que tenía cuando pastaba en la finca de Herralde) o la de *La broma infinita*, del dios-Foster Wallace, en Literatura Random House (550 milímetros); volúmenes que conviene sujetar bien, sobre todo si se anda descalzo por

de Amy Novesky e Isabelle Arsenault, un libro de arte y artista pensado para niños (y no tanto). Por lo demás, y temiéndome lo que se nos viene encima, les recomiendo que estén atentos a las novedades: con la velocidad de rotación que los libros han adquirido, es muy probable que lo que hoy ven haya desaparecido mañana. De nada.

Vestuario

ME DA LA IMPRESIÓN de que algunos académicos de la bendita lengua no practican mucho lo que Ortega y Gasset, que nunca llegó a serlo, llamaba "arte de la sigética", cuyo principio fundamental es que para

de los señalados, he consultado al respecto a amigos expertos en lenguaje rufanesco de bar y germanía y me aclaran que, en el mismo contexto que "ciruelo", la pepitilla se refiere, si, a eso tan íntimo en lo que ustedes, improbables y escandalizados lectores, están pensando. En fin, que APR, como el eximio candidato presidencial DT, controla perfectamente el lenguaje de "vestuario" (*locker-room talk*). Y ahora viene mi pregunta: ¿para cuándo la sospechada acepción de "pepitilla" llegará al DRAE?

Cela

EL DIFUNTO CJC, cuyo centenario estamos celebrando, y que fue oportunista censor fascistilla antes de gloria literaria y lumbrera académica (1957, sillón Q), publicó *La colmena* en 1951, precisamente el mismo año en que dieron su primer vagido los más arriba citados académicos JM y APR, y también el mismo en que Ortega y Gasset pronunció la fundamental conferencia a la que me referí más arriba. Ahora la RAE, en su *joint venture* con Alfaguara (el grupo Random House se reparte con Planeta sus publicaciones), acaba de publicar una estupenda edición (con notas, variantes y censuras: ya ven, el regador también fue regado) de aquella novela objetivista y parcialmente picaresca que tanto se ha leído aquí y en los departamentos de español de las universidades estadounidenses hasta que publicaron las suyas Muñoz Molina, Marías y Pérez Reverte (hoy a su vez sustituidos por una pléyade de autoras españolas y sudamericanas). Les recomiendo esta edición de *La colmena* si, como yo, han abrigado prejuicios acerca del difunto pope: a mí se me han caído dos o tres telarañas y me ha sobrevenido alguna admiración literaria *post mortem*. Por lo demás, y siguiendo con Cela, me he divertido a ratos leyendo en diagonal la prolja *Tumba revuelta* (Renacimiento), de Tomás Cavanaugh Benet, que fue, además de sobrino de un grandísimo escritor que (también) hacía chistes sobre Cela, director durante más de tres lustros de la fundación que lleva su nombre. Si desean conocer una detallada relación de los logros, ambiciones, egosmos e incompetencias que han jalonado la historia de la institución con la que CJC también quiso perpetuarse, en este libro encontrarán lo que buscan. •



De izquierda a derecha, Mario Pardo, Francisco Rabal, Camilo José Cela y Francisco Algora, en una escena de *La colmena*, de Mario Camus, estrenada en 1982.

casas con ellos en la mano (sé lo que digo). Por último, ya está aquí, "ya viene, oro y negro, el cortejo de los paladines", como lo llamaría un Dario metido a cronista de cultura, la procesión de literatura gráfica, cómics, libros de arte y álbumes infantiles. De entre todos los que, por ahora, he leído destaco la impresionante novela gráfica *155. Simón Radowitzky* (Nórdica), del argentino Agustín Comotto, una comprometida historia de luchas por la libertad que se desarrolla a través de años y países; y el exquisito relato biográfico *Nana de tela. La vida tejida de Louise Bourgeois* (Impedimenta),

menos propiciados por los políticos, los medios y determinados segmentos de la ciudadanía (desde el absurdo "desdoblamiento de género" hasta otras imposiciones de la corrección política). En todo caso, lo que aquí me interesa señalar es que, según nuestro autor, entre esos académicos "acomplejados y timoratos" que no quieren "meterse en política" y no secundan con su voto las iniciativas del otro sector ("gente noble y valiente") hay, "como en todas partes, algún tonto del ciruelo y alguna talibancita tonta de la pepitilla". Repito: de la p-e-p-i-t-i-l-a. Más allá de la identidad

EN POCAS PALABRAS
Jordi Doce

**"Jamás
aceptaría
hacer de negro
de nadie"**

CUANDO SE ESCRIBA la historia de la poesía española reciente, el nombre de Jordi Doce (1967) aparecerá con todos los honores en varios capítulos: como autor (acaba de publicar *No estábamos allí* en Pre-Textos), como editor (dirige la prestigiosa colección poética de Galaxia Gutenberg) y como traductor de referencia de autores como T. S. Eliot, Auden, Ted Hughes, Charles Simic, Anne Carson o John Burnside.

—¿Qué libro le hizo querer ser poeta?

—Una vieja antología de Antonio Machado en Austral que había por casa. Ocupaba un lugar aparte dentro de la biblioteca, como si fuera un incunabulo.

—¿Qué poema ajeno le habría gustado escribir?

—¡Muchos! *La aurora*, de García Lorca; *At the Fishhouses*, de



Elizabeth Bishop; *Piedra*, de Zbigniew Herbert...

—¿Qué aprende un poeta traduciendo?

—Humildad y algo de oficio. Y quizá la lucidez para no hacer lo que otros han hecho mejor.

—De no ser escritor le habría gustado ser...

—Músico. A ser posible, bajista en la estela de Chris Squire, Tony Levin o Carlos Benavent. O una mezcla ideal de los tres...

—¿Cuál ha sido el último libro que le ha gustado?

—He leído *Wormholes*, de John Fowles, una compilación de sus artículos y prosas breves, y aún estoy dándole vueltas.

—¿Cuál es la película que más veces ha visto?

—Creo que *Hannah y sus hermanas*, de Woody Allen. ¡No paran de reponerla en TCM!

—Si tuviese que usar una can-

ción o una pieza musical como autorretrato, ¿cuál sería?

—Estaría bien parecerse a *Blues for Ike*, de Django Reinhardt. Lástima que dure tan poco.

—¿Qué suceso histórico admira más?

—La historia me apasiona, pero me cuesta admirar nada de ella. Me hace pensar en esa definición que hacía Chillida de su obra como "una suma de errores que se compensan".

—¿Qué encargo no aceptaría jamás?

—Hacer de negro de nadie. Aunque alguna vez me he ido a casa tiznado.

—¿A quién le daría el próximo Premio Nobel de literatura?

—Me hubiera encantado que se lo dieran a Yves Bonnefoy, pero ya es tarde. Creo que Anne Carson se lo merece desde hace años. •

Ilustración: Setanta